

Las canas son visibles, y yo también soy algo miserable.

Escrito por: Francis

En cuarentena conocí a alguien. Dice llamarse Christopher, aunque le gusta más que le diga Chris.

Chris es alto, delgado, extremadamente delgado. Creo que si se sacase esos trapos andrajosos que lleva a todas partes podría verle las costillas. Tiene las clavículas marcadas y los huesos de los dedos muy largos y muy escuálidos. Su cabello es de color negro, al igual que sus ojos y los cuernos que yacen arriba de su cabeza. Viste como en la Edad Media, casi sacado de un cuento. Un cuento de terror.

La primera noche que me habló, creí que me mataría. Se veía aterrador, sus ojos parecían penetrar profundo mi mirada, tratando de llegar hasta mi alma y chuparla vorazmente. Pero no sucedió, al contrario, él se asustó de mí.

La segunda noche, más confiado, se acercó hasta mi oído derecho y susurró un par de cosas de las cuales la mitad no entendí. Lo dejé pasar, y volteando mi cuerpo traté de conciliar el sueño.

La tercera noche me animé a hablarle primero. Apenas cruzó el umbral de mi ventana, lo sorprendí con un “hola”. Se quedó tieso, mirándome. Repetí mi acción, esta vez más alto. Me respondió con una sonrisa de labios, y luego se fue. La noche siguiente no lo vi entrar.

Pasó un mes y Chris no aparecía, aunque de vez en cuando sentía sus ojos clavarse de lleno en mi espalda, ya sea a la hora de comer, cuando descansaba a la luz del sol o hasta en el baño, mientras lloraba frente al espejo. No decía nada, tampoco esperaba que lo hiciese.

Una noche de mucho frío, me quedé al borde de mi cama, esperándole.

Una canción de Oasis resonaba por toda la habitación, interpretada por mi áspera voz. Hacía mucho no cantaba, todos a mí alrededor me aconsejaron dejarlo, decían que mi técnica era horrible.

Casi al llegar al estribillo, sentí algo entrar por mi ventana. Giré mi cabeza, ahí estaba él. No le dije nada, esperando que tomase primero la palabra.

“Me gusta como cantas”

“Gracias”

Otra vez el silencio reinó ambos cuerpos. Minutos más tarde, Chris se fue.

Sonó la alarma. 7:30, la apagué, aunque hacía varias horas ya que me había despertado. El insomnio no parecía tomarse licencia.

Tomé mis auriculares y puse música en aleatorio. Al momento de lavarme los dientes, sonaba el instrumental de Mama. Luego los gritos, el estribillo y el inmortal sonido de la batería. Al terminar,

una canción de Descendents me transportó de nuevo a mi realidad. Había manchado mi pijama con la pasta dental.

Mi voz lo había hecho hablar. Le gustaba mi voz.

Hice lo mismo que la noche anterior, solo que esta vez sumé mi guitarra al evento. Queen Bitch sonaba más como una canción punk mal echa que como un tema del Hunky Dory. La guitarra no era lo mío, lo sé.

Aun así, Chris apareció de nuevo en mi ventana.

“¿Me enseñás a tocar?”

“¿No escuchaste cómo suena?”

“Sí, me gusta”

“No”

“¿Por qué no?”

“Toco muy mal, no aprenderías nunca” Otra vez, se fue, dejándome sin palabras.

No apareció hasta casi dos meses después, mientras mi piojosa cabeza trataba de conciliar el sueño, otra vez.

“Soy Christopher, podés decirme Chris. Decime Chris”

“Hola Chris, soy Artis”

“¿Me vas a enseñar a tocar la guitarra, Artis?”

“Te dije que no, además tengo sueño”

“Hace 3 horas que estás intentándote dormir, Artis”

“No... Bueno... Sí, pero igual no te voy a enseñar”

“¿Por qué no, Artis?”

“Porque no quiero, y no es necesario que digas mi nombre al final de cada frase”

Estaba enojado, podía verlo en sus ojos y sus expresiones faciales poco disimuladas. Se metió de lleno a mi habitación y agarró la guitarra con ambas manos.

“Deja eso, es mío”

“Te voy a pagar, lo prometo Artis” Y dicho eso, me apuñaló.

“Vos podes dormir, Artis, y yo puedo tocar”

Hicieron pasar mi muerte como otra más por el virus. Mi guitarra apareció días después en un terreno baldío cerca de mi departamento.

Fin